

## **“El que prueba rabicolorada se queda”: santuarianos en Quibdó<sup>1</sup>**

Sonia Serna<sup>2</sup>

### **Resumen**

En este artículo me propongo narrar el viaje que ha llevado a los santuarianos, paisas por antonomasia, desde el pueblito de tierra fría a la ciudad a orillas del río Atrato: el viaje desde el *imperativo de salir adelante* que define su mismidad como santuarianos hasta la categoría de diferencia paisa que los pone en el lugar de los *otros* en Quibdó.

### **Palabras clave:**

Paisa, santuarianos, chocoanidad, Quibdó

---

<sup>1</sup> Este artículo se deriva de la tesis titulada “En blanco y negro. Paisas y chocoanos en Quibdó”, presentada a la maestría en Estudios Culturales de la Universidad Javeriana.

<sup>2</sup> Antropóloga de la Universidad de Antioquia con maestría en Estudios Culturales de la Universidad Javeriana.

## Abstract

In this article I intend to narrate the journey that has taken the “santuarianos,” typical Antioqueños, from their villages in the cold highlands to the banks of the Atrato River: the journey from the imperative to better themselves through which they define themselves as santurianos to the category of difference that places them in the location of the Other in Quibdó.

### Key words:

Antioqueños, santuarianos, chocoanidad, Quibdó

## Resumo

Neste artigo me proponho a narrar a viagem que levou os santuarianos – habitantes do município de El Santuario, situado no departamento de Antioquia, cujo gentílico, paisa, está carregado de conotações raciais e culturais na Colômbia –, paisas por antonomásia, a saírem do seu povoado de origem, em terras frias, para se instalarem às margens do rio Atrato: é uma viagem que parte do imperativo de salir adelante – que define sua mesmidade como santuarianos – para chegar até a categoria de diferença “paisa”, que os coloca no lugar dos outros em Quibdó.

### Palavras chaves:

Paisa, santuarianos, chocoanidade, Quibdó

## *Paisas en Quibdó*

“Paisa: antioqueño, persona o cosa perteneciente al natural departamento de Antioquia. En ocasiones el chocoano llama paisa a todo blanco, así se trate de un pastuso costeño o rolo”

Efraín Gaitán (2008: 148).

*“Vea, paisa en Quibdó no significa que uno es de tal parte, paisa en Quibdó significa que uno no es negro”*. Frase lacónica. Punta del hilo con la que ahora empiezo a desenredar el ovillo. Me la dijo Jesenia en Bogotá un año después de que estuve en Quibdó por primera vez, ciudad en la que ella había vivido durante un buen tiempo. Un año llevaba yo comprometida con entender la figura del paisa en ese contexto. Jesenia, estudiante de último semestre de antropología, nació, como yo, en El Santuario, un pueblito ultracatólico del oriente antioqueño famoso por sus buñuelos, sus albinos, por ser la tierra de Montecristo<sup>3</sup> y sobre todo por sus comerciantes: una legión de audaces varones trashumantes que en busca de fortuna y en nombre del trabajo han logrado hacer presencia en cada rincón del país. ¡Y del mundo! O al menos es lo que los mismos santuarianos dicen. Naturalmente etnocéntrico<sup>4</sup> los santuarianos son expertos

---

<sup>3</sup> “El mejor humorista de América”: [http://es.wikipedia.org/wiki/Guillermo\\_Zuluaga\\_Montecristo](http://es.wikipedia.org/wiki/Guillermo_Zuluaga_Montecristo)

<sup>4</sup> Said, basado en las enseñanzas de Levi-Strauss sobre la ciencia de la concreto y sobre los valores arbitrarios usados para distinguir unas cosas de otras, explica el etnocentrismo como una práctica universal: “un grupo de personas que viva en unas cuantas hectáreas establecerá las fronteras entre su territorio, los inmediatamente colindantes y el territorio más alejado al

en glorificar sus proezas. Dicen ser los mejores comerciantes del mundo después de los *turcos*. No hay santuariano que no sepa la historia del paisano al que Héctor Mora encontró vendiendo tintos en desierto del Sahara y, como si de una travesura infantil se tratara, narran divertidos la vergüenza del santuariano que mandó a maquilar en China los sombreros *vueltaíos* que recientemente desataron un escándalo nacional.<sup>5</sup> Hablan de China con pasmosa naturalidad y aseguran que gracias a ellos “los chinos” creen que El Santuario es un país. Relatos ansiosamente repetidos que aglutinan un sentido de mismidad. La identidad necesita imaginaciones compartidas (Hall [1990] 2010: 349-350).

La epopeya del comerciante santuariano comienza no obstante cuando “con una mano adelante y otra atrás, espantando el hambre con una rama” se va del pueblo al que sólo regresará una vez haya “salido adelante”. El buen santuariano es el que sale adelante, y salir adelante es como se conoce localmente a conseguir plata. Pero la condición de posibilidad de ese *imperativo de salir adelante* es la movilidad. Con violencia disfrazada de virtud El Santuario es experto en echar a sus hijos. Los obliga a buscar fortuna lejos de sus montañas sembradas de frijoles y papas en las que lo único que se podrían quedar haciendo es sembrando frijoles y papas. Hay que irse. Cuanto más jóvenes mejor, cuanto más lejos mejor. Como consecuencia del *imperativo de salir adelante* los santuarianos han alcanzado una impresionante dispersión geográfica muy difícil de cuantificar pero cristalizada en la sencilla convicción de que en cualquier lugar del mundo hay un santuariano presto a tenderle la mano a sus paisanos. Las imaginaciones sobre la identidad a menudo se materializan en prácticas (Hall [1985] 2010: 207). Cuando iba a viajar por primera vez a Quibdó sabía, sin averiguar, que me los iba a encontrar.

Sabía que una prima de una de mis mejores amigas del colegio se había ido a vivir allá para administrar una tienda de Colanta. Sabía que en Quibdó vivía la nieta de una señora famosa en El Santuario por ser la dueña de un almacén de ropa “de marca”. Sabía también que el hijo de una amiga de mi

---

que llamará ‘el territorio de los bárbaros’ [...] No requiere que los bárbaros reconozcan esa distinción” ([1978] 2003: 87).

<sup>5</sup> “Preocupación por sombreros *vueltaíos* ‘made in China’”: <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/articulo-395608-preocupacion-sombreros-vueltaios-made-in-china>



mamá vivía allá con su esposa y dos hijos, y lo sabía muy bien porque él era cliente mayorista del almacén que mi hermana tiene en El Hueco,<sup>6</sup> en Medellín, y en el que trabajé casi todas las “temporadas” (o sea, los diciembres) mientras estudiaba antropología en la Universidad de Antioquia, temporadas en las que despaché hacia Quibdó muchos pedidos a su nombre.

Y en efecto, en Quibdó nos encontramos. Y a través de ellos conocí a muchos santuarianos más. A tantos que se volvieron centrales en mi proyecto de investigación. Interesada como estaba en una comprensión general de las dinámicas de la ciudad en clave de sus configuraciones identitarias, rápido entendí que ser santuariano en ese contexto no significa gran cosa. Aunque entre ellos hay un reconocimiento afirmativo y un tácito pacto de cuidado, para el resto de las personas que viven en Quibdó no conforman un colectivo definido. Los santuarianos en Quibdó están diluidos en la poderosa categoría de diferencia opuesta a los sujetos que en ese contexto son mayoría. Los santuarianos allí son *paisas*. Y no porque provengan de Antioquia<sup>7</sup> sino porque hacen parte de la minoría forastera marcada en primerísima instancia por el color de piel, por uno que no tienen: no son negros. Los santuarianos en Quibdó son paisas al igual que los no negros bogotanos, santandereanos, vallecaucanos e, incluso, los chocoanos.

El asunto es el siguiente. Paisa y negro en Quibdó conforman un sistema de diferencias. Los sistemas de diferencias son el principio básico con el damos sentido al mundo. Sin diferencia no hay significado, dice Hall ([1997] 2010: 419) ciñéndose a las enseñanzas del lingüista Saussure. El significado depende de una relación, de una oposición binaria. No tiene un valor esencial que lo defina de una vez y para siempre. Hall nos explica esta operación con un ejemplo clásico: “sabemos lo que significa negro no porque haya alguna esencia de ‘negritud’ sin porque podemos contrastarlo con su opuesto” ([1997] 2010: 419). Ahora volvamos al principio, a Jesenia, la santuariana que en Quibdó devino paisa. Ella afirma sin lugar a ninguna sospecha que “paisa en Quibdó significa que uno no es negro”, enunciado que expresa la oposición binaria que estaría produciendo el significado. Retomemos a Hall, quien

---

<sup>6</sup> Zona de *sanandresitos* en Medellín.

<sup>7</sup> Dado que en el resto del país se conocen como “paisas” a los oriundos de Antioquia o del eje cafetero.

matiza el argumento: “las oposiciones binarias están abiertas a la acusación de ser reduccionistas y bastante simplificadas” ([1997] 2010: 420). La cosa se complica. Si lo paisa en Quibdó se define por algo que no es, surge la pregunta: ¿qué es no ser negro? ¿Qué contiene la categoría de diferencia paisa? Que no tenga un valor esencial no quiere decir que es un “significante flotante” (Hall 1997). La relación paisa-negro en Quibdó carga con el peso de una historia.

No está a mi alcance diagnosticar absolutamente lo que abarcan las categorías paisa y negro porque no existen absolutamente. En su diferencia ellas se articulan de maneras diversas. En este artículo voy a contar la historia de unos cuantos sujetos que en Quibdó son interpelados como paisas. Voy a hablar de los santuarianos que, aunque diluidos, tienen una especificidad, una particular forma de ser paisas.

## Escenario

El punto cero es el río Atrato. Paralelo al malecón corre la primera calle en la que se encuentra el parque principal y en la que están erigidos importantes edificios como la catedral, el Banco de la República, la estación de policía y la casa de justicia. Del lado del río: la diócesis, el convento, el orfanato, el SENA y la plaza de mercado, todo entre las calles 20 y 28. Las carreras aumentan hacia el oriente y las calles hacia el norte, pero sólo de manera pareja hasta la carrera séptima. Después se desprenden los caminos serpenteados que conducen a los barrios de periferia como Medrano, Huapango y Niño Jesús.

El centro de Quibdó es un lugar de mixturas. Es el pilar comercial y administrativo de la ciudad —donde están ubicados bancos y oficinas públicas como la registraduría y la fiscalía— y a la vez una de las más destacadas zonas residenciales. Vivir en el centro es un lujo, entre otras razones porque allí los problemas del acueducto, el drama histórico entre Quibdó y el agua potable, son más llevaderos. Por eso la mayoría de los locales comerciales fungen también como viviendas, sea en la parte de atrás de la construcción o en los pisos de arriba, lo que implica que rara vez esta zona se “muera”. El bullir del centro sólo cede entre 8 y 9 de la noche y los domingos después de las 2 de la tarde.



El día en Quibdó empieza temprano con la instalación de las ventas ambulantes y la apertura de los locales comerciales, restaurantes y panaderías. A las 8 de mañana el centro está a toda marcha. Desde el malecón habrán salido las pangas que cubren los trayectos más largos, es decir, aquellas que van hacia el bajo Atrato y que, con suerte, al final de la tarde arribarán a su destino.

Conforme pasan las horas la temperatura empieza a ascender con tendencia a hacerse insoportable en caso de que no hubiera llovido en la noche del día anterior. La carrera segunda es relativamente tranquila. Los edificios de la registraduría, Telecom y Bancolombia la libran de la saturación que comienza desde la calle tercera, donde los locales comerciales tienen todo su esplendor: los grandes supermercados (Mercames y Mercadiario), prenderías, tiendas de ropa y calzado, papelerías, farmacias, tiendas de abarrotes y agropecuarias. Los hoteles y residencias se aglutinan un poco más al norte. También es en esas carreras, y extendiéndose hasta la sexta, entre las calles 21 y 27, que se ubican las ventas callejeras. Frutas, verduras, pescado y las siempre a la vista peceras con queso costeño en la calle o en las tiendas.

La Alameda Reyes —26 entre primera y séptima— es quizás la calle más emblemática del centro, y el escenario en donde por defecto son ubicados los paisas. El dominio comercial es evidente. Son ellos los dueños de los locales: desde los hoteles hasta los billares, pasando por prenderías, panaderías, restaurantes. El único negocio del que no han logrado apropiarse es de las farmacias, o esa fue mi impresión. En La Alameda hay una crucial convergencia que explicita cómo está configurado el orden social de la ciudad. Mientras los paisas hacen presencia como propietarios de grandes y rentables locales de diversos tipos, en la calle sus vecinos son los vendedores ambulantes, en su mayoría chocoanos y negros, que en puestos portátiles y armables ofrecen al granel frutas, verduras, pollo, pescado y queso.

Apiñados entre las carreras quinta y sexta de manera temporal, ya que normalmente ocupan sólo los costados de la calle entre las carreras tercera y cuarta, hay alrededor de sesenta puestos atendidos por mujeres mayores —de cuarenta años en adelante—, no queriendo decir que hombres o paisas están excluidos, pero cuya presencia es marginal respecto a la femenina. Amparadas del sol y de la lluvia bajo sombrillas de vistosos colores ofrecen

productos para el diario: algunos que no son cultivadas en la región como manzanas, peras, uvas, y otros endémicos como chontaduros y borjón, además de las piñas, mangos, lulos y aguacates.

En esa amalgama de productos dominan las carretas cargadas con plátano. Se distinguen, además, lo puñados de mil pesos con las 'verduras del río', mezcla herbaria que da sazón la mayoría de los platos cocinados en las casas de las familias chocoanas: cilantro chocoano o campesino o cimarrón, orégano y albahaca frescos, poleo y col. También las bosas o bolitas con el extracto de bija para colorear los alimentos. Se venden los pescados que la temporada ofrezca, además de pollos campesinos y carne curada. Las ventas callejeras de La Alameda son una versión resumida de la plaza de mercado, lugar en donde a diario o cada dos días los dueños de los puestos compran los productos para ser revendidos. Los propietarios de estos puestos acusan una rentabilidad nimia. Dependen 'del prestado' para sobrevivir y con el 'producido' van pagando a su prestamista de a 5 o 6 mil pesos diarios, pero a eso tiene que sumarle los mil pesos que les vale tener quien les cuide las carretas cada noche.

Las ventas ambulantes le dan un sello particular a La Alameda convirtiéndola en una experiencia que impacta al forastero. La mezcla de lluvia y calor debe tener algún efecto sobre los productos que se van madurando y muchas veces pudriendo, o que se van quedando rezagados en el fondo de las carretas o perdidos en piso. El vaho que emana de los suelos abiertos no ayuda mucho, más bien se mezcla e intensifica, sobre todo en los días sin lluvia. Los olores y el aspecto llegan a ser perturbadores, en especial en las noches, cuando los coloridos paraguas están guardados, los productos cubiertos por bolsas negras, y las ratas al acecho.

El desorden del espacio público en Quibdó, siempre sucio y siempre ruidoso, contrasta con las prácticas de aseo privadas o individuales del quibdoseño u otros chocoanos en Quibdó. No hay lugar para la suciedad en la casa o en el cuerpo. Cotidianamente, por ejemplo, el lavado de ropa y del menaje de la concina consume una parte considerable del tiempo de las mujeres. No hay ollas más brillantes que la de las cocinas de Quibdó. Siempre a la vista, orgullosamente exhibidas, llegan a convertirse en una impronta de la identidad. No en vano es el Chocó la zona del país en la que más ollas y esponjillas se venden, tal como me contó el vendedor de la comercializadora Corbeta S.A. para Quibdó e Istmina.



En el centro, además de las ventas ambulantes, controlan el desbordado mundo de las rapimotos y las mujeres de los puestos de pasteles, claves en el paisaje nocturno. Las rapimotos, ese sistema de transporte público sobre el que no es posible ejercer control, le dan una impronta única a las calles de Quibdó, donde parece haber más motos que gente. Están en todas partes, y son manejadas por hombres jóvenes. El acopio está ubicado en el cruce de la carrera sexta con La Alameda, justo donde acaban las ventas callejeras.

Con los rapimoteros aprendí sobre el complejo mundo del lenguaje corporal chocono. Sus gestos son mínimos. Miran con el rabo del ojo a quien requiere el servicio y paran la moto justo cuando uno pensaba que no habían entendido el llamado, o que no era un rapimotero, o que no estaba trabajando. Por ser un negocio que no está regulado más que por ellos mismos, los rapimoteros no tienen, además de los sus brazos quemados por el sol, nada que los distinga de los demás motociclistas de la ciudad.

Esa economía corporal la hallé en mucha otra gente: la cabeza muy erguida y la mirada desconfiada. Al principio pensaba que era así sólo conmigo, que no les caía en gracia. Pero a medida que fui inmiscuyéndome en sus cotidianidades, esa distancia puesta con el cuerpo empezó a ceder, dando lugar a escenarios de más confianza. El trato entre ellos mismos, en cambio, cuando ya se conocen de algún tiempo o cuando pertenecen a la misma familia (en la versión extensa) es muy cordial. En los saludos, por ejemplo, se oye, en un encuentro fortuito en la calle llamados como “¡familia!”, u otras denominaciones de este tipo: “ahijado”, “primo”, “sobrino”. Casi nunca se saludan por el nombre cuando media el parentesco, así no sea en primer grado. También se saludan aludiendo a la proveniencia, es decir, gritan en el malecón a un conocido: “¡tanguiseño!”, o “¡mercedeño!”.

En Quibdó encontré un lugar decididamente urbano definido en oposición a lo rural y campesino. Valores relativos a la educación, las instituciones y la formación intelectual de los quibdoseños, o de los choconos que llegan a educarse a Quibdó, son enunciados con orgullo y equiparados a la condición ciudadina del entorno. Quibdó toma distancia de otras posibilidades de ser chocono. Me sorprendió encontrar quibdoseños que sólo se habían alejado de Quibdó hasta Tutunendo o hasta otros centros urbanos de la región como Istmina. Fue raro encontrar

tal desdén por las zonas rurales que, de hecho, enmarcan la ciudad. Esa demarcación a menudo se traduce en desprecio o discriminación. Al respecto, un mercedense<sup>8</sup> me decía: “*a uno por ser de la zona rural le dicen dizque campesino*”. La discriminación es aún peor con los cholos, los más ignorantes, o con los desplazados, los más pobres, que en la ciudad no son pocos.

### ***Paisa, antioqueño, comerciante***

*J: Yo soy hijo de paisa*

*E: No, no sea ignorante, ¿cómo va a ser hijo de paisa?*

*J: Claro que sí, no ve que mi papá era de Bucaramanga*

*E: ¿Y vos sabes de qué es capital Bucaramanga?*

*J: Sí, de Santander*

*E: Si ves, entonces no es paisa*

*J: Claro que es paisa, ¿o es que Santander es de negros? Es de paisas, todos allá son paisas.*<sup>9</sup>

Cuando Jesenia dice que “*paisa en Quibdó significa que uno no es negro*” está diciendo también que sin importar cuan chocona se sienta, así su acento de montaña se haya diluido en el chocono, así coma plátano al desayuno y sopa de queso al almuerzo, así sepa más de la historia del Chocó que de la Antioquia, en Quibdó siempre será paisa. Paisa como sus primos nacidos y criados allá, como sus tíos nacidos y criados en El Santuario. Pero hay algo más que color de piel de por medio. Jesenia además de “no ser negra” pertenece a una familia de comerciantes santuarianos que ha estado en Quibdó desde hace al menos tres décadas. La categoría se va depurando. Toma un rumbo específico.

---

<sup>8</sup> Las Mercedes es un corregimiento perteneciente al municipio de Quibdó que queda a 20 minutos a motor de gasolina bajando por el Atrato desde el malecón.

<sup>9</sup> Conversación entre Joaquín y Edgar, Quibdó, junio de 2010.



Durante mi trabajo de campo en Quibdó cada que pregunté por algún paisa que pudiera resultar relevante —el paisa que más años lleva viviendo en la ciudad o el paisa más reconocido—; cada que pregunté *dónde* encontrar a los paisas, fui remitida o a la Alameda Reyes, calle del centro en torno a la cual está articulado el comercio; o a las tiendas de los barrios. Y en la Alameda y en las tiendas de los barrios a quien encontré fue a mis paisanos.

La presencia del santuariano en Quibdó no es ocasional, pasajera. Llegaron hace varios lustros tras el rumor del oro. Pero no a sacarlo. No. Los santuarianos no son mineros. Los santuarianos son mercachifles. Buhoneros. Llegaron a venderle mercancías a quienes sí lo sacaban, a llevarles en qué pudieran gastar las ganancias. Y se fueron quedando. Se quedaron. Y de los ventorrillos ambulantes en el malecón del Atrato pasaron a las tiendas y almacenes de la Calle Segunda y Tercera. Y tomaron para sí lo que otrora fuera de los Dualby, los Meluk, los Ferrer y los Bechará. Sobre las cenizas del incendio de 1966, que hizo arder la ciudad y consumiéndose la hegemonía comercial que los *turcos* habían consolidado desde finales del siglo XIX en la Calle Primera (cfr. González 1998), levantaron junto a otros paisas de otros pueblos de Antioquia sus negocios y su fama. Actualmente están inequívocamente asociados a la Alameda, nombre de una calle y de nombre de un barrio franciscano cuyo día en fiestas de San Pacho también se conoce como el día de los paisas.<sup>10</sup> Tenemos entonces que el santuariano en Quibdó no es santuariano sino antioqueño y que el antioqueño es comerciante, una cadena de asociaciones que desborda la posibilidad de que paisa en Quibdó implique solamente color de piel, una inercia que evoca al antioqueño de antaño: al negociante emprendedor, al colonizador inexorable.

Tan antiquísima es la presencia de los antioqueños en Quibdó que a Manuel Cañizales, un vendedor de perros oriundo de Santa Fe de Antioquia, le atribuyen su fundación en 1690.<sup>11</sup> Y no sólo en Quibdó. La tradición colonialista antioqueña es bien conocida en todo el Chocó. Insaciable en sus aspiraciones de ampliar el mapa, y en medio de tensiones históricas,

<sup>10</sup> No todos esos paisas son santuarianos, pero todos los santuarianos en Quibdó son comerciantes.

<sup>11</sup> Hay otras versiones sobre la fundación: los españoles Fray Matías Abad, franciscano, en 1643 o Pedro de Orta también español, jesuita, en 1654. Ver, por ejemplo, González (2003).

Antioquia sigue royendo sobre el Atrato. Pero la reputación de los antioqueños como negociantes y colonizadores no se limita a los episodios que ha vivido con el Chocó. Se construyó en un proceso de larguísima duración que empezó antes de la vida republicana del país, un proceso en el que desarrollaron características supuestamente excepcionales que los definen y diferencian, que los configura como una formación social concreta –y única– con una destacada historia económica.

“El paisa es de comercio, el paisa no es de estudio. El estudio no les gusta, ¡pero hábleles usted de un negocio!”. En cambio: “los chocoanos no somos comerciantes. El comercio es un ejercicio y no una profesión. Los chocoanos somos estudiosos”. Hay pues otra línea que separa, que diferencia al paisa del chocoano. Los buenos para el negocio son malos para el estudio, mientras para los chocoanos el estudio no es negociable. Los comerciantes paisas en Quibdó son pues minoría ‘bruta’ entre una mayoría de intelectuales.

Esa representación, ampliamente aceptada, no es cosa de ahora. En los años ochenta, en una columna de opinión de un periódico local se afirmaba:

Y aquí están, señores y señoras dominando todas las actividades económicas: el transporte, el comercio, las prenderías, el chance, y aún no han salido ni de representantes, ni de senadores, ni de jueces, ni de gobernadores, porque en todo proceso de colonización al país a colonizar concurren los individuos que más jodidos están en el país colonialista. Esto explica que no haya consultorios médicos, ni jurídicos, ni de otro tipo atendidos por ellos. Hablo de los compatriotas *antioqueños* que sin quererlo y aprovechando la coyuntura del incendio se echaron al bolsillo a los turcos y a la carrera primera.<sup>12</sup>

También es ampliamente aceptada la versión según la cual los paisas se “adueñaron” del comercio de Quibdó a las malas, agravando, invadiendo:

*Hay una invasión en el Chocó, una invasión de los paisas. Los terrenos están invadidos por los paisas. En el casco urbano de Quibdó y de muchos municipios han ido amenazando a los*

*comerciantes locales y han venido a implantar su comercio: o venden o se van. Aquí mismo en la Alameda, el dominio económico del comercio lo tienen los antioqueños en cabeza de los paisas [...] Hay dos, tres ejemplos que aprovecho y los denuncio. Ha habido aquí unos comerciantes buenos, uno se llama Miguel Palacio, le dicen “Palita”, tenía la mejor esquina... Francisco Wilson tenía el mejor supermercado y poco a poco les fueron haciendo presión.<sup>15</sup>*

*Vea en La Alameda, sólo hay un negocio de afro, El Darién, que es un supermercado pequeño. Los paisas llegaron y compraron o alquilaron los negocios de mayoritarios como Pacho Wilson, como Harold, como “Palita”, para quedarse sólo ellos mandando en La Alameda. A todos les tocó venderle a los paisas. Después se presentó una situación muy crítica en Quibdó, que eran las vacunas. Los negros pagaban vacunas más caras que los paisas, y al que no pagaba la vacuna venían y le tiraban una granada en el negocio. Y eso aquí estuvo muy duro. Cada cuatro o cinco días tiraban granadas en los negocios, en las farmacias.<sup>14</sup>*

La versión de los paisas sobre esos hechos naturalmente es distinta. En lo que todos coincidimos es que el comercio en Quibdó les pertenece. Según el decir de la gente los paisas en Quibdó no representan ni un 10% de la población, pero el comercio es 90% de ellos. No sólo en centro tienen ese dominio. Hacen presencia en las tiendas de los barrios de periferia. Un vendedor de Colanta, que atiende el 100% de las tiendas de la ciudad, con lista en mano hizo la cuenta de cómo está repartido ese sector comercial concluyendo que de las más de 500 de tiendas cerca de 40 pertenecen a chocoanos. Las demás son propiedad de paisas. En esa cuenta los tenderos de Carmen de Atrato fueron contados como paisas, y no como chocoanos. Paisa en Quibdó es sinónimo de comerciante, y comerciante muchas veces es sinónimo de “adinerado”.

El poder comercial de los paisas ha permitido que ciertas jerarquías se establezcan y se mantengan: ellos son los patrones, los encargados de la parte administrativa de los negocios, de las compras de insumos o mercancías, de atender vendedores. Son los que dan la cara. Los chocoanos fungen como mano de obra.

---

<sup>15</sup> Albeiro, 16 de junio de 2010, Quibdó.

<sup>14</sup> Joaquín, 22 de junio de 2010, Quibdó.

Están en el servicio de los restaurantes, en las vitrinas de los almacenes, en las bodegas. En los almacenes y restaurantes de paisas que visité que visité nunca vi, por ejemplo, que fuera un chocoano negro el encargado de cobrar la plata o manejar la caja. Sólo en Colanta había un administrador carmeleño, pues como insinué antes, la gente de Carmen de Atrato va y viene de lo chocoano a lo paisa. Es posible hallarlos en los grandes almacenes o como conductores de las rapimotos (la mayoría de los rapimoteros no—negros son del Carmen de Atrato). Son paisas por su color y chocoanos por su proveniencia.

Entre todos esos comerciantes la presencia de los santuarianos es notable. Carlos Andrés, uno de ellos, me hacía una cuenta en la que del 100% de los paisas comerciantes, los santuarianos eran un 60%, los marinillos un 20%, otra gente del oriente antioqueño un 10%, de otros lugares de Antioquia otro 10%, y de otros lugares del país el 10% restante. Estas lecturas de la distribución de la torta comercial la cotejé con otros comerciantes y vendedores, quienes me dieron números muy aproximados, sobre todo, en lo que a santuarianos se refiere. La gente de El Santuario explota nichos muy concretos: el mercado de los alimentos e implementos para el hogar (distribuidoras de abarrotes y supermercados) y las tiendas de ropa y calzado; aunque uno que otro restaurante, hotel o billar les pertenece. Las panaderías, en cambio, se atribuyen a marinillos. Las prenderías a la gente de El peñol y San Rafael.

## Vivir en Quibdó

María Lucía es una santuariana de 30 años. Llegó a Quibdó hace siete cuando, estando en Medellín, un tío suyo, dueño de la extinta distribuidora Plaza Real (ubicada en La Alameda) le ofreció un modesto puesto como empleada de ese negocio. Aunque Quibdó, al que no conocía, le parecía un destino “cerca del fin del mundo”, pensó en que no tenía nada que perder. Era una mujer soltera, sin amarres y *echada pa'lante*. Cuenta que cuando le dijo a su tío, que *de una* aceptaba el trabajo, él no le creyó, que afirmó haberle hecho el ofrecimiento *por no dejar* en vista de que ella acababa de quedarse sin empleo.

María Lucía viajó por tierra a Quibdó tres días después. Las imágenes estereotípicas sobre la selva chocoana la acosaron todo el camino. Los temerarios abismos en la carretera apenas le parecían un augurio de la precariedad por venir. Cuando



el bus se acercó a la zona urbana de Quibdó pudo notar que habían casas de “material”. Ahí pensó en que quizá no tendría que vivir en un rancho o una choza. Al día siguiente empezó a trabajar en Plaza Real. No está entre sus planes abandonar la ciudad. En Quibdó conoció a Esteban, de San Rafael, con quien está casada y tiene dos hijos (Valeria de 3 años y José Daniel de 1). En Quibdó viven su mamá y su hermano. Ella los llevó. Su hermano se ‘cogió’ con una chozoana y tiene una hija.

Actualmente María Lucía administra junto a don Enrique, un cincuentón carmeleño, otro negocio del mismo tío, la distribuidora Colanta. Construyó su propia casa en Buenos Aires, un barrio de periferia al que no llega el acueducto. Es la jefe de su esposo y ambos se hace cargo de los gastos de Dora, su mamá, quien se queja todos los días de vivir tan lejos y repite sin cesar que El Santuario es lo más parecido al paraíso, que el clima la enferma, que el agua es mala, que el barrio es peligroso.

La historia de Esteban en Quibdó empezó cuando, a los 17 años, se fue a pasar la temporada vacacional con su hermana, quien, a su vez fue a dar allá al casarse con su novio de toda la vida, un peñolense dueño de un par de prenderías. De esas vacaciones no volvió a San Rafael. Recién acababa el bachillerato y en la casa no lo espera la promesa de una universidad sino el afán por ponerse a hacer algo útil. Consiguió trabajo en una panadería en donde terminó pagando los platos rotos de una mala administración. Después trabajó en la prendería del cuñado, otra experiencia amarga que le mostró que no era bueno trabajar con la familia cuando sólo lo veían como un simple empleado sin ningún proyecto de promoción, ascenso o colaboración para que emprendiera su propio negocio. Ahí arrancó de cero, averiguando aquí y allá dónde necesitaban alguien dispuesto a cumplir cualquier tarea, a hacer cualquier oficio: “me tocaba pelearme los trabajos con los negros, que gustan más pa’cargar cajas y eso”. Y así llegó a Plaza Real en dónde fue “bodeguero” hasta que con María Lucía pasó a Colanta, esta vez como vendedor.

María Lucía y Esteban son unos paisas tremendamente apegados a Quibdó, tranquilos respecto al hecho de que sus hijos sean chozoanos. No reparan mucho en esas cosas. Están ocupados en trabajar y salir adelante. Esteban sólo extraña a sus padres, a quienes sagradamente va a visitar a San Rafael una vez al año. María Lucía en cambio asegura que desde que

su mamá está con ella Antioquia “no la llama”. Lo único que la intranquiliza de la cotidianidad quibdoseña es la posibilidad de enfrentar episodios de salud, pues ha tenido experiencias desafortunadas, como la complicación de un embarazo en plenas fiestas de San Pacho que terminó en un aborto, según ella porque no la atendieron debidamente. El personal médico estaba de fiesta, o con guayabo, lo que impidió que vieran la gravedad de su situación. Dice que por “negligencia” su remisión a Medellín tardó demasiado lo que implicó la pérdida del bebé y de una de sus trompas. La otra experiencia involucra a su hijo menor, quien con dos meses de vida fue diagnosticado en una consulta médica de control como ciego de nacimiento, desatando una crisis nerviosa en la familia, además de una considerable inversión de tiempo y dinero, pues tuvo que dedicarse a cotejar ese diagnóstico, corroborado por todos los consultados en Quibdó. En Medellín le dijeron que los ojos de niño estaban perfectos, y que, según cuenta ella, no había razones para creer lo contrario.

María Lucía y Esteban me mostraron una práctica muy propia de los paisas, y es la de referirse a Quibdó como “el Chocó”. Siempre en sus relatos Quibdó es reemplazado por “el Chocó”. María Lucía decía, por ejemplo, “Mi tío me ofreció que me fuera a trabajar con él al Chocó”, “yo vivo muy amañada en el Chocó”, o “cuando me traje a mi mamá para el Chocó”. Con Esteban era igual: “Hágale, yo la llevé a conocer el Chocó”, y en todos los casos estaban hablando de Quibdó.

Esta manera en que Quibdó es representada contrasta con el nivel de detalle con el que los chocoanos se relacionan con el territorio, un hecho que no implica, como pensé en principio, que estos paisas no conozcan otros lugares de la región; por el contrario, son bastante paseadores y generalmente tienen amplios vínculos comerciales en la zona. La otra distribuidora Colanta del departamento, propiedad también del tío de María Lucía, está en Istmina, y hasta allá viaja María Lucía por lo menos una vez al mes. El hecho de que Quibdó quede abarcado por la categoría departamental no pasa, entonces, por un encapsulamiento o desconocimiento de otros lugares, tampoco porque sea el epítome o la síntesis de las situaciones más “típicas” de la región. Poder vivir en Quibdó es claramente un lujo, y ellos tienen la certeza de que sea como sea, Quibdó es lo urbano con todo lo que eso implica: centros médicos, colegios, aeropuerto.

Carlos Andrés, de 28 años, es primo de María Lucía, también sobrino del dueño de Plaza Imperial. La familia que ha formado con Catalina es menos modesta que la de María Lucía, pues son, al decir de sus conocidos “de modito”. Él llegó a Quibdó hace 9 años a administrar Plaza Imperial, ahí estuvo por dos años y con el empujón de su tío, el mismo de María Lucía, montó hace seis su propia distribuidora de abarrotes, hoy en día una de las más grandes de centro con clientes en Quibdó y otros municipios y corregimientos de la región. Su familia extensa tiene una relación de larga duración con el Chocó. Su mamá, padrastro y hermanos menores vivieron allí muchos años. Él había permanecido en Antioquia con su papá hasta que su “vena de comerciante” lo incitó a renunciar a la carrera universitaria que había comenzado en Medellín.

A él no le tocó empezar de cero pues la familia de su mamá ya tenía toda red y una tradición comercial en Quibdó (a la que se articula el tía de María Lucía de quien todos hablan, que con todos tiene que ver, que es el dueño de importantes negocios, pero que hace más de diez años dejó Quibdó). Y Carlos Andrés ha mantenido ese legado. Vive en una gran casa del centro, arriba de su negocio, y con la familia de su mamá construyó una finca en la vía a Tanando, a quince minutos de Quibdó. Se casó con una de las niñas “más bonitas” en Quibdó hace seis años, y con ella tiene un hijo de cinco.

Catalina, su esposa, es santuariana también, aunque llegó a Quibdó cuando apenas tenía cuatro años. Ahora tiene 23. Sus papás llegaron allí en busca de fortuna, con la esperanza de hacerse ricos vendiendo mercancías traídas de Medellín a los mineros que en Quibdó no tenía mucho en que invertir su dinero. Catalina me hablaba de una infancia difícil en la que las condiciones del clima y el agua “*no la dejaban pelear*”. Dice que dicen sus padres que siempre estaba enferma. Me habló de vivir en condiciones extremas, en una casa pequeñita en la parte trasera del local en que sus papás tenían el negocio, y que aún así los chocoanos la veían como si fuera de otro planeta: “yo era la niña más bonita de todas”. Cuando tenía 12 años, sus papás preocupados por lo deficiente que les parecía nivel educativo de Quibdó, la mandaron a vivir con los abuelitos a El Santuario, cosa que soportaron sólo durante un año, y que, dice ella, fue un esfuerzo inútil pues en El Santuario su nivel de escolaridad bajó, dejándola en franca desventaja frente a sus compañeros de colegio en Quibdó.

Al verse frustrado este primer intento de sacar a Catalina de Quibdó toda la expectativa de su salida definitiva estaba puesta en que ingresara a una universidad en Medellín, una vez finalizara el colegio. Sus padres nunca vieron a Quibdó como un lugar para quedarse toda la vida, por el contrario, siempre fueron conscientes que allí estaban de paso, que a toda costa debían impedir el arraigo de sus hijos. Catalina tiene un hermano menor que nació en El Santuario, porque se fueron a parirlo allá, pero que vivió desde siempre en Quibdó. Sin embargo, las ganas de entrar a la universidad no fueron superiores a las de casarse con Carlos Andrés. Ella era la mujer más bonita y él el hombre más guapo, según comentan. El destino hablaba. En diciembre del año pasado su familia finalmente, casi 20 años después, abandonó Quibdó. Todos esos años de trabajo les dio la confianza económica para irse a vivir a Medellín y estar cerca de El Santuario. En Quibdó dejaron dos almacenes de ropa, propiedades, buses. Viven de “las rentas”. El hermano de Catalina este año comenzó una carrera universitaria en Medellín.

La familia de Carlos Andrés también se fue de Quibdó. Ya habían sobrellevado bastante los rigores de la zona. Era hora de vivir tranquilos en Antioquia. Catalina y Carlos Andrés, en cambio, ven lejos esa posibilidad. A él no le interesa, su vida está dónde está su negocio, en dónde pueda “*conseguir pa la papita*”. Ella, en cambio es pura de ansiedad. Se siente abandonada. Dice haberse casado muy joven sin ver lo que eso implicaba, dice nunca haber imaginado que ese hecho la iba a amarrar a Quibdó y alejar de sus padres. Su mamá le cuenta que se siente fracasada, como si haber trabajado tan duro durante tantos años no hubiera valido la pena, y ese fracaso es el hecho que Catalina siga viviendo en Quibdó.

Paulina lleva casi 20 años en Quibdó y ni por error se dice chocona. No pierde oportunidad para recordarles a todos que es paisa. Sus mejores amigas o están en El Santuario o son las santuarianas que viven en Quibdó. Ante la fatalidad de tener un esposo que le da todo, excepto lo que más desea, salir de allá, se consuela diciendo “sí mi mamá pudo, si mi suegra pudo... no voy a ser yo la única a la que le toque morirse acá”. Carlos Andrés, en cambio, dice sentirse chocono expresando más un sentido de pertenencia y aprecio por la tierra que una apropiación de las costumbres choconas. Miguel Ángel, el hijo de ambos, crece entre las órdenes de una mamá que no lo permite *ser chocono*, tal como hicieron con ella, lo que implica



no bailar de ciertas maneras, no hablar con cierto acento, no usar palabras como “seño”, y auto-reconocerse como paisa, finalmente “él nació en Rionegro”, dice Catalina; y un papá que se dice orgulloso de la chochoanidad pero que poco interviene al respecto: “porque lo paisa no se enseña con prohibiciones sino con el ejemplo” (que el niño vea que tiene un papá responsable y trabajador, etc.).

La historia de Sandra, de 23 años, es similar en ciertos aspectos. Ella también llegó a Quibdó siendo una niña. Sus papás buscaban lo mismo que los de Catalina: salir adelante. En Quibdó ha estado casi toda su vida, aunque regresó dos veces a vivir a El Santuario. La primera vez con toda su familia mientras aún cursaba la escuela primaria. Después de dos años volvieron a Quibdó que era más “duro” para vivir, pero más “agradecido con la plata”. La segunda vez sola, cuando se graduó del bachillerato y entró la universidad, el sueño de sus padres, quienes se quedaron trabajando para que no le faltara nada mientras hacía su carrera. Pero, reflexionaba Sandra: “fue tanta la fuerza con la que me mandaron que allá llegué y de una reboté como un balón”.

Alcanzó a cursar cuatro semestres de administración de empresas antes de comprometerse en matrimonio con un novio que hizo en El Santuario. Para esas fechas él trabajaba haciendo correrías de ventas de ropa por todo el país. Poco antes del matrimonio le comentó que tenía un proyecto para montar un negocio y que si este salía, una vez celebrada la boda, se iban a vivir a Quibdó. “Las ironías de la vida”, las llama Sandra, “de todos los lugares del país que podía escoger justo le da por abrir el local en Quibdó”. Arturo, el prometido, estaba explorando en el mercado una línea de ropa barata que no había llegado a Quibdó. Le parecía ideal montar el negocio allá, un lugar en el que “siempre hay voleito”.

El regreso de Sandra a Quibdó fue dramático para sus padres por el empeño puesto en que hiciera la carrera, pero se sintieron felices de estar reunidos y verla empezar su propia familia. Desde enero de este año sus papás y sus tres hermanos están radicados en El Santuario. El papá dejó una flota de buses y dos propiedades grandes en el centro que Sandra administra. Sandra dice sentirse un poco chochoana. Siempre estuvo dispuesta a ayudarme con cualquier cosa que yo necesitara o quisiera saber del Chocó. Mientras estuve allá me decía: “Hágale, yo le ayudo que prácticamente soy

chocoana”. Catalina, en cambio, argumentaba que como no era chocoana no tenía nada que decir. Para Sandra ser chocoana no significa compartir “costumbres chocoanas” (el modo de caminar, vestirse, o hablar, por ejemplo). Significa tener cierto adiestramiento para reconocer lo chocoano. También significa que conoce a profundidad la ciudad. Sin embargo, y aunque se diga un poco chocoana por haber vivido en Quibdó casi toda su vida, los chocoanos nunca han dejado de verla como paisa.

Arturo, es el esposo de Sandra. Un muchacho que, como casi todos en El Santuario, salió a buscar fortuna apenas terminó el bachillerato. Viajó por todo el país. Fue empleado de otros santuarianos en tiendas de pueblitos de la costa Atlántica durante largas temporadas. Probó suerte en el sur del país, en Caquetá y Putumayo. Allá reunió capital suficiente para establecerse por un tiempo en el negocio de la ropa. Viajaba a vender su propia mercancía por todo el país y la despachaba desde una bodega en Medellín. Por esos días conoció a Sandra, aunque afirma que sus deseos de hacer negocios en Quibdó fueron anteriores a ella.

Como vendedor conoció Quibdó. Siempre lo vio como un lugar prometedor. A diferencia de los pueblos del Caquetá, que pone en el nivel de otros “lugares remotos”, como el Chocó; en Quibdó la plata se mueve: “es una plaza buenísima”. Ahora tiene un gran almacén de ropa en la calle cuarta, y está abriendo otro más grande aún en la tercera. No obstante se queja: “usted sabe que los chocoanos viven sobre todo de ser profesores, y como les quedan mal con los pagos, la plática escasea a veces”. Arturo, que se dice paisa 100%, no concibe la idea de irse de Quibdó al corto plazo. De hecho, aunque permanentemente viaja a El Santuario y a Medellín no le gusta quedarse más de tres o cuatro días. Afirma que Quibdó lo llama, que cuando está lejos extraña el calorcito. Nunca lo escuché referirse despectivamente a Quibdó o al Chocó. Tal vez se quejó un poco de cómo el clima afecta la salud de sus hijos. Me mostró las cicatrices dejadas por la “brazo”, un mal que los aqueja en las temporadas más calientes.

## Relaciones

Las relaciones ente los santuarianos y los chocoanos en Quibdó son cordiales. Según Arturo los negros más racistas están en el campo, en las zonas rurales, no en Quibdó: “*acá los negros son menos acomplejados y abiertos, no sienten tanta rabia contra uno*”. También según Arturo, y según todos los santuarianos,



cuando llegaron a Quibdó “*todos los negros se veía iguales*”. Muchas veces me encontré con la pregunta: “*¿ya aprendió a diferenciarlos?*”. Esa cordialidad, no obstante, se mantienen dentro de una estructura rígida: los negros son los empleados de los santuarianos en sus negocios y casas. Si llegan a establecer relaciones estrechas de amistad lo hacen casi siempre entre mujeres. Los hombres prefieren socializar entre paisas, excepto si ven oportunidad de intimar con algún negro que ocupe cargos políticos.

Los chocoanos son también la clientela cautiva de los negocios de los santuarianos. Por eso venden en sus almacenes “la ropa que les gusta a las negritas”, y esto significa prendas de colores vivos o prendas blancas: “porque a ellas les resalta muy bonito con la piel”. La lectura que los santuarianos hacen de las fiestas de San Pacho dice bastante sobre cómo ven a los chocoanos. En un primer momento las refieren como unas fiestas muy bonitas de las que participan entusiastas, sobre todo el día de Alameda, o el día de los paisas. Mandan a sus hijos disfrazados al colegio. O sea, las respetan y admiran. Luego ese argumento se resquebraja. Mencionan que son demasiado largas, que la gente es irresponsable, que los negocios no son tan buenos en esa fechas, excepto para quienes venden trago; que hay días en los que no se abren los locales. También les resulta escandaloso que durante una semana los niños no vayan a clase.

Aquí se deja leer una de esas cualidades que para los paisas marca una capital diferencia entre ellos y los chocoanos, y es la relativa a su valoración del trabajo y el tiempo. Las fiestas resultan excesivas porque no se puede trabajar en negocios usualmente abiertos de domingo a domingo. Al chocoano en cambio, lo ven feliz con la situación, con tener esos días para beber y bailar, para desentenderse de todo tipo de responsabilidades. El chocoano disfruta San Pacho porque no le gusta trabajar: “*no se les da nada dejar el puesto tirado*”, “*no trabajan enguayabados*”, “*se endeudan*”; “*el paisa trabaja con lluvia, con fiestas, el negro no*”. También se quejan de que siendo una fiesta religiosa, poco se rece. Para ellos San Pacho plasma las características más destacadas de los chocoanos: “*la arrechera*”, pereza, irresponsabilidad. No obstante, advierten que podrían ser unas fiestas mejores, menos “*burdas*”, si llevaran “*buenos artistas*” e hicieran “*conciertos como en la Feria de las Flores*”.

Carlos Andrés me contaba de las ansias con las que esperó las primeras fiestas de San Pacho. Nunca supo cuándo empezaron realmente “porque es que duran como dos meses”, pero una noche, dormía en su casa cuando hasta que un ruido que lo despertó. Imaginó que era el *bunde* del que ya le habían hablado. Salió al balcón a mirar de qué se trataba y dice no poder describir la sensación que tuvo, expresa que vio como una bola, una masa de negros bailando sudorosos que generaban una escarcha de dos metros cuyo olor lo devolvió del balcón a la sala de la casa. Afirma que ese olor alcanzó a prenderse de la ropa que tenía puesta. Me decía: “*si un negro huele maluco cuando suda, imagínese a mí*”. Arturp, reforzó esta imagen afirmando que la ropa que se usa en fiestas de San Pacho hay que botarla porque no es posible quitarle el “*olor a negro*” con ningún jabón.

Las santuarianas son las más inconformes con vivir en Quibdó, cada una por razones diferentes. Sandra se queja de que hay mucha envidia y mucha brujería, que ella y sus hijos han sido ojeados, y que por nada del mundo viviría un embarazo más mientras esté allá, “Si Arturo quiere más hijos, tiene que sacarme de acá”. Dice haber sobrevivido al último de milagro porque el ataque con brujería duró hasta que dio a luz. Catalina, por su parte, se queja de las infidelidades de su marido y de lo “*perras*” e “*irrespetuosas*” que son las choconanas, a las que no les importa lo que tengan que hacer para meterse en su matrimonio, la brujería acá tiene también su papel destacado, pues es el mecanismo con el que intervienen, según ella.

Dora, la mamá de María Lucía no sólo quiere irse, sino separar a su hijo de la mujer choconana con la que vive. Siempre le ha resultado insoportable, un castigo, que él decidiera formar familia con una mujer negra. No quiere a su nieta y aborrece a su nuera. Lo curioso acá es que el hijo de Dora es mantenido por esa mujer. Los hombres, en cambio, viven tranquilos en Quibdó, y entre risas afirman que no hay manera de irse: “*el que prueba rabicolorada se queda*”.

Aunque Quibdó ya no es el lugar al que llegaron los primeros comerciantes de El Santuario, que hablaron de la bonanza de antaño, cuando “*los cholos no sabían contar la plata y daban por las cosas lo que uno les pedía*” – sigue teniendo la suficiente actividad comercial y flujo de dinero para que los santuarianos hagan planes muy a futuro.

## ***Paisas representados***

“Éste no la corona porque a ella solamente le gustan los *paisas*”, dice uno de los personajes del *El vuelco del cangrejo* después de pasar un trago largo de *viche* y haciendo mofa de los sentimientos de uno de sus amigos. Lo piensa un poco mejor y corrige: “*la coronaría con plata*”. Es la Barra, un remoto caserío de pescadores en la costa del Pacífico sur colombiano, el escenario de ésta historia que, pese a que se nos presenta como modesta, despliega todo un juego de representaciones que no son para nada sencillas ni inocentes. Un *paisa* en particular tiene en vilo a todo el caserío. Un *paisa* ha llegado para arrebatarles la tranquilidad, para romper el frágil equilibrio que mantiene a la comunidad. El encarna el arribo del progreso, razón por la que se envuelve en una batalla clásica con el líder de la Barra, un pescador apodado *cerebro* que en este relato vendría siendo el guardián de la tradición. El *paisa* es su antagonista. Todo entre ellos es contradicción.

El *paisa* con su casa de “material”, con su descomunal equipo de sonido, con su proyecto de construir un hotel, con el poder que da el dinero, toma sin pedir permiso lo que va necesitando: la playa, las mujeres. Ofrece trabajo a los muchachos, poco interesados en ser pescadores de un océano cada vez más infértil, y con ese gesto alimenta la ambición de los jóvenes que en ese confin de la tierra están dispuestos a “rebuscársela” como sea, que no se resignan a que sus vidas estén reducidas a la parsimonia, al tedio y a los aguaceros que allí son ley. El mar y las lanchas rápidas, con mucha ilegalidad implícita, son la más loable opción para acceder a unas economías dinámicas que podrían cambiarles la suerte y que, entre otras cosas, les darían la oportunidad de pretender a esas mujeres reservadas para los *paisas*, o para quienes con plata puedan “coronarlas”. Mientras tanto, tienen suficiente disponibilidad para trabajar para el *paisa*, y ninguna intención de ponerse en su contra.

*Cerebro*, en cambio, es plenamente consciente de la amenaza que esa presencia significa, sabe que la avanzada del proyecto del *paisa* eliminaría los rezagos del sentido pertenencia y de comunalidad entre los oriundos de la Barra. No tiene la mirada optimista sobre un desarrollo económico posible, sino, por el contrario, entiende que se trata de un colonizador que ha venido a expropiarlos, a quitarles lo poco que tienen. Éste *paisa*, para él es “uno de esos *paisas* que vienen a llevarse la plática de aquí, del lugar”. El hotel que construye llamado “El Paraíso”

significa para *cerebro* la caída del suyo propio para entrar al infierno del turismo, el capitalismo, la propiedad privada, el paramilitarismo.

Las representaciones de ese binario modernidad/tradición expresadas en las figuras del *paisa* y *cerebro* están cargadas de significados históricos y contextuales que hoy en día circulan en esa región del país. Es decir, no se las inventó el director de la película. Ellas responden a clasificaciones que en ese lugar son puestas en marcha y de las cuales derivan identidades, performatividades, fronteras, sentidos de mismidad y de otredad. En el Pacífico sur colombiano *paisa* es una poderosa categoría que clasifica, que interpela y que produce sujetos. No es un asunto del azar que quien ha llegado a hacer negocios a la Barra sea llamado el *paisa*, que no es un *paisa* excepcional, sino que un *paisa* cualquiera, que es todos los *paisas*. Los lugareños que lo llaman así harían lo mismo con cualquier sujeto que cumpliera con al menos dos condiciones. La primera, el color de la piel (blanca), la segunda su proveniencia (un *otro* lugar). El *paisa* aquí es el polo racial, étnico y cultural de *cerebro* y de la población mayoritaria de la Barra. Del binario inicial (modernidad/tradición) se desprenden otros, inconmensurables, abismales.

Varias razones me han animado a introducir mi argumento sobre las *configuraciones de chocoanidad* usando, como ejemplo paradigmático de las dinámicas regionales en las que ubico mis intereses, la película *El vuelco del Cangrejo*. Aunque el contexto sobre el que intentaré explayarme está de muchas maneras lejos de las playas de la Barra, el *paisa* que ahí se escenifica no es muy distinto del *paisa* de El Chocó. Los procesos históricos de poblamiento y colonización —en el pasado y en el presente— que comparten estos dos lugares les ha puesto a esa identificación como un terreno común: en la Barra, como en todo el Pacífico sur, como en el Norte del Cauca, como en el Urabá, como en el Chocó, *paisa* rompe con la representación más generalizada que en otros lugares del país significa oriundo de Antioquia o del eje cafetero, y puede clasificar a bogotanos, caleños, santandereanos: a todo blanco proveniente del interior.

*El Vuelco del Cangrejo* es útil en tanto escenifica a un *paisa* hiperreal y, en esa medida, fija una idea contundente de lo que se esperaría de él ese contexto, le asigna un lugar, le otorga una función. Sin embargo, esa representación caricaturizada soslaya el hecho de que las identidades nunca son así de



macizas, de unificadas, de homogéneas. *Paisa* no es más que otra categoría inestable en permanente redefinición que a estas alturas no podemos explicar como mera exterioridad o polo de las identificaciones locales o regionales. *Paisa* interpela, pero también clasifica violentamente, pues no todos los llamados *paisas* se reconocen como tales, o hay quienes son clasificados así pese a que no provienen del interior del país, o hay quienes se mueven en un amplio espectro de la identidad y puede ser o no llamados *paisas*. *Paisa* no es una categoría ontológica con un significado inequívoco, sino una relación que cobra sentido de acuerdo a situaciones y a espacios materiales y simbólicos determinados.

El punto aquí es que no encuentro particularmente interesante la categoría *paisa* en sí misma, sino en tanto puedo ponerla en perspectiva de la identidad regional que se me presenta como un problema y, de ese modo, puedo pensarla como parte fundamental, inherente a las *configuraciones de chocoanidad* que quiero plantear. Mi meta es desde El Chocó problematizar los lugares comunes sobre el Pacífico como una región, evidenciar algunas maneras en las que El Chocó desencaja ese proyecto de identidad regional, y desnaturalizar la relación automática establecida entre identidades chocoanas y negritud. Para tal fin, me sirvo de datos etnográficos y de archivo recolectados durante el trabajo de campo realizado entre 2010 y 2011 en Quibdó, y de la gama relativamente amplia de identificaciones que desde lo local retan el entendido de una identidad regional homogénea.

Presto, de este modo, especial atención a los sujetos que allí son producidos o que se producen como *paisas*, en sus superposiciones, intersecciones o distanciamientos con otros actores que en hacen parte de la configuración. La noción de *configuraciones de chocoanidad*, derivada de la configuración cultural de Alejandro Grimson (2010), me permitirá afirmar que son las relaciones de poder y la heterogeneidad quienes entretejen el campo de significados que conforman la configuración, y que esos actores que a primera vista aparecen como contrincantes, comparten una historia y, a menudo, habitan los mismos universos materiales y simbólicos. Aunque *paisa* y *chocoano* a veces son cosas opuestas, a veces simplemente coinciden (hay *paisas* chocoanos), y en ambas circunstancias hacen parte de las configuraciones de chocoanidad.

La historia arquetípica de los buenos y los malos, como la de *El vuelco del cangrejo*, no sucede en las configuraciones de chocoanidad. Ni siquiera en las versiones hiperreales de las clasificaciones. El *paisa* no es sólo un colonizador triunfante. El paisa es marcado también como comerciante desdichado, bruto, endógamo y rezandero. Los chocoanos, por su parte, no son sólo sujetos frágiles que apegados a la cultura y a la tradición resisten los embates de la modernidad. Los chocoanos también son pensados como perezosos, “faltos de espíritu”, libertinos, y corruptibles. Una lectura a contrapelo de la chocoanidad, como la que intento hacer, nos muestra que la configuración no es armónica, sino que está en permanente tensión, y que sus contenidos se disputan día a día sin cerramiento a la vista.

## Conclusiones

Aunque hay santuarianos en cada rincón de Colombia, los que están en Quibdó no conforman una colonia, es decir, no se convocan ni se organizan en nombre de su santuarianidad; no llevan equipos de fútbol a las Fiestas del Retorno ni patrocinan obras de caridad en el pueblo. No existe la “colonia de Quibdó”. Los santuarianos en Quibdó son una red de un puñado de familias que se ha ido construyendo desde, al menos, finales de la década de los sesenta. Perfectamente se reconocen entre ellos. Un santuariano en Quibdó sabe quiénes y cuántos son los santuarianos en Quibdó.

La dinámica de migración parece ser la siguiente: hombres jóvenes llegan a trabajar en un puestos modestos, de bodegueros, cajeros, vendedores. Con el tiempo, si han mostrado temple y juicio, reciben un empujón y ocupan puestos mejores o empiezan sus propios negocio. En ese momento pueden formar sus familias. Entonces buscan esposa o se casan con la novia de siempre, sino santuariana, al menos paisa. Luego vendrá un periodo de estabilidad, de tener hijos, de criarlos, y pasadas como mínimo un par de décadas, cuando su economía se ha solidificado, vuelven a Antioquia a vivir entre Medellín y El Santuario, lugares con los que nunca han roto lazos y en donde, seguramente, todavía está la familia extensa.

El lugar de los santuarianos en el orden social y espacial de Quibdó (en tanto *son* comerciantes y en tanto *están* en la Alameda Reyes), y en el ya mencionado sistema de diferencias



(en tanto *son paisas*). Paisa adquiere sentido en un sistema de diferencias. En Quibdó, lo chocoano a menudo aparece como su antípoda. No obstante ciertos cerramientos, lo chocoano se construye en plural. Es una categoría que, al totalizar otras identificaciones locales, trasciende los arraigos al territorio. A veces gentilicio, a veces raza, a veces cultura, a veces costumbres, no siempre implica negridad. En Quibdó encontré gente que se dice chocoana pese a ser de Vigía del Fuerte, municipio de Antioquia; o a carmeleños que se dicen chocoanos, pero que en Quibdó no son reconocidos como tales. La chocoanidad, entonces, se caracteriza por su multiacentualidad en donde paisa (como cholo o gringo) tienden a ser articulaciones contrastantes.

Paisa es no ser negro. Diferencia percibida como color de piel. Durante el trabajo de campo en Quibdó la respuesta rápida a mi pregunta sobre el significado de la categoría de diferencia paisa generalmente fue la misma de Jesenia. Simple a primera vista. Sin embargo, el caso de los santuarianos, que en Quibdó son paisas, y la manera en que aparecen fijados en el orden social y espacial de la ciudad complejizó el reduccionismo cromático. Espero, con estos apuntes etnográficos, haber desestabilizado esa fijeza.

## Referencias citadas

- Gaitán, Efraín. 2008. *El Chocó de la A a la Z. Tomo II*. Medellín: Editorial Mundo Libro.
- González, Luis Fernando. 2003. *Quibdó. Contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- . 1998. Sirios y libaneses. Cien años de presencia económica y cultural en el Chocó. *Boletín Cultural y Bibliográfico* (44): 73-102.
- Hall, Stuart. [1997] 2010. “El espectáculo del ‘otro’”. En *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. pp. 419-446. Popayán: Instituto Pensar - PUJ, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Envión Editores.
- . 1997. *Race, the floating signifier*. Goldsmiths College: mef Challenging Media.

\_\_\_\_\_. [1990] 2010. "Identidad cultural y diáspora". En *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. pp. 349-362. Popayán: Instituto Pensar-Instituto de Estudios Peruanos-Universidad Andina Simón Bolívar-Enviación Editores.

\_\_\_\_\_. [1985] 2010. "Significación, representación, ideología: Althusser y los debates postestructuralistas". En *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. pp. 193-220. Popayán: Instituto Pensar - PUJ, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Enviación Editores.

Said, Edward. [1978] 2003. *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.